

RECENSIÓN

Roberto Martínez González. (2022). La invención de la muerte: Ensayo sobre el deceso humano y los orígenes de la religión. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Repositorio Institucional Históricas UNAM. 290 páginas.

GARCÍA NOLASCO, MARÍA SADAHI 

DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA FÍSICA

ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA, MÉXICO

CORREO ELECTRÓNICO: mariasadahigarcianolasco@gmail.com

El texto de Roberto Martínez González aborda la muerte como un hecho principalmente social y como es asimilada por poblaciones que difieren tanto en ubicación temporal y geográfica y como puede funcionar como un rasgo distintivo de una sociedad, sin importar la religión o sistema de creencias. Se puede leer a la muerte como un hecho trascendente, que modifica la dinámica de una sociedad, pero que le permite implementar acciones a partir de un evento biológico, atribuyéndole una totipotencialidad, donde la especificidad es dada por el contexto inmediato. El texto permite cuestionarnos la religión y la muerte como un hecho paradójico o no, o como un dilema.

De esta manera el autor, aborda la muerte desde una visión integral donde realiza un análisis profundo y reflexiones sobre el comportamiento humano ante un hecho biológico y las estrategias que retoman para, uno asimilar este evento y dos para incorporarlo como parte de la sociedad, tanto en poblaciones vivas como en poblaciones pretéritas, donde el análisis de la muerte gira en torno a las ideas, concepciones y prácticas alrededor de ella, lo que permite realizar inferencias e interpretaciones de cómo es la

vida en una sociedad determinada. Por tanto, resulta imposible separar la muerte de la vida y la vida de la colectividad, donde una forma de colectividad es la pertenencia a una religión, acción determinante para la cohesión de la población que comparte un sistema de creencias. El libro se centra en la construcción de una visión general de la muerte, no sólo desde aspectos biológicos, sino desde un desarrollo social que permite interpretar la muerte para los vivos, pero al mismo tiempo intentando retomar una perspectiva universal que infiere que todas las sociedades se comportan de la misma manera ante la muerte y una perspectiva evolucionista donde se plantea que el origen de la muerte se centra en la religión, pero denotando la especificidad de cada población.

Estos aportes, permiten planteamientos críticos, sobre la muerte y como es morir para distintos seres vivos, humanos y no humanos, que giran en torno a la persona que ha perdido la vida, pero que, a pesar de ser asimilada y entendida de forma tangible, con una alta precisión, la incertidumbre de que es lo que pasa después de ese suceso, permea las visiones.

El autor sitúa a la muerte como uno de los problemas con gran variabilidad que contribuye a responder preguntas sobre la colectividad y la vida en sociedad.

Aborda la religión, no desde una interpretación occidental, sino como un fenómeno específico humano que se rige por el contexto inmediato de cada población, en el cual pudo observar componentes principales, un sistema de creencias y la práctica de rituales, que determinan una forma de actuar sobre su entorno, así como la conciencia de pertenecer a esa religión, la cual permite obtener una identidad que marca una diferencia entre personas de una religión distinta o que no practica alguna religión. A partir de este supuesto analiza registros arqueológicos que permiten identificar la variabilidad en los entierros, durante diferentes temporalidades. Retoma la muerte más allá de un cese de funciones biológicas, como un suceso colectivo, donde este fenómeno impacta a los integrantes de una población con los

cuales la persona fallecida ha tenido interacción, por lo anterior identifica dos resultados ante el deceso humano, un cadáver en descomposición y una transformación de la relación con la sociedad viva.

En el capítulo I el autor indaga sobre la conciencia y comportamiento ante la muerte en diferentes especies. Plantea que los animales no primates, han desarrollado la capacidad de distinguir la vida y la muerte, basados principalmente en el instinto de cazador y presa, lo que les permite reconocer las situaciones que ponen en peligro la vida, el rechazo hacia miembros que han fallecido, respondiendo a una reacción automática ante la repulsión de olores fétidos que emanan del cuerpo en descomposición, así como asimilar la muerte como un mecanismo de defensa, para evitar ser detectados por depredadores. Por otro lado, aborda la muerte en primates no humanos, donde se ha observado que tiene la capacidad de diferenciar un cuerpo vivo de uno que ha fallecido, pueden presentar reacciones específicas ante el cadáver, observando fluctuaciones en el comportamiento, que pueden ir desde tristeza confusión, enojo, violencia, canibalismo, repulsión al cadáver, o precaución ante un cuerpo que murió por un proceso de enfermedad.

Esto permite formular preguntas en torno a esta asimilación, hasta qué punto puede relacionarse con la comprensión del fenómeno, tener conciencia de la muerte cuando se observa, o identificar la carencia de vida en un cuerpo. En torno a este cuestionamiento, identifica un gradiente en el que puede entenderse la muerte, percibir la muerte, lo que conlleva identificar entre lo animado y lo inanimado, la conciencia de la muerte, que permite anticiparla o identificarla como un riesgo potencial para reaccionar ante esta. Por último, la conceptualización del fenómeno, que implica el desarrollo de un lenguaje, este punto es explorado a través del entendimiento de la muerte en la infancia, principalmente en nuestra especie, como un proceso fundamental de la vida, el cual sigue un patrón de desarrollo y aprendizaje,

que surge de la colectividad y contribuye a la cohesión de esa sociedad al compartir creencias, influye en la postura ante cualquier fenómeno particular, el cual se encuentra sesgado por el entorno.

En cuanto a la empatía como comportamiento adquirido que puede relacionarse con la muerte, si bien tiene una base biológica, la cooperación social es indispensable para su expresión o no expresión dependiendo de la distancia social con la persona que haya fallecido. Estas conductas desarrolladas por diferentes especies, permiten identificar una de las principales diferencias encontradas que responden al desarrollo del lenguaje, donde algunas especies solo pueden reconocer, percibir o anticipar la muerte, otras pueden conceptualizar la muerte aun cuando no se encuentre tangiblemente, lo que permite tener una gran variabilidad de conceptos e interpretaciones, tanto biológicos como sociales y culturales.

En el capítulo II se presenta un modelo, donde redefine las variables en la muerte que pueden ser sustituidas o que pueden sufrir un cambio, a partir de dos ejes principales: los relacionales y los esenciales. La hipótesis principal enuncia que en la mayoría de la sociedad observan la muerte como un proceso de transformación, y donde la pregunta es ¿Qué se transforma? En términos de los dos ejes principales y encuentra cuatro posibilidades, se transforman las relaciones, pero no las identidades. Ejemplo de ello, la creencia de la reencarnación, se transforman las identidades y no las relaciones, ancestro, se transforman las relaciones y las identidades, ocasiona un alejamiento, no se transforma ninguna de las dos, en el caso en desaparición forzada, al no tener un cuerpo que confirme la muerte, existe una negación de ella.

En el capítulo III se hace un análisis profundo del desarrollo evolutivo del género homo a partir de las evidencias paleontológicas y arqueológicas, con la finalidad de identificar vestigios del origen de la religión y la socialización de la muerte, donde observa una complejidad en el comportamiento de los

homínidos, que es semejante a las conductas observadas en animales no humanos, como el evitar los lugares de decesos, interacción con los cadáveres, presencia de llanto y el traslado de los cuerpos a un lugar determinado.

En el capítulo IV se aborda la muerte en el Paleolítico Superior Europeo, marcada por la llegada de *H. sapiens* a Europa y el desarrollo de tecnologías y simbología. En el caso de los comportamientos ante la muerte, muestran a la cultura como una constante en las conductas complejas. Las evidencias de prácticas mortuorias en el Paleolítico Superior Temprano, se ubican en espacios habitacionales, donde la disposición de los cuerpos es su mayoría individual, algunos presentan más de un cuerpo y en menor cantidad enterramientos colectivos, así como, la presencia de ornamentos corporales, los cuales dan la posibilidad de interpretar atributos que pudieran corresponder a la identidad y la preservación de ella. Posteriormente, en el Paleolítico Superior Tardío pudieron observar una intención de mantener lugares específicos para el depósito final de los cuerpos, lo que infiere una alta densidad poblacional, así como una menor movilidad de estas poblaciones y donde se puede observar una diferenciación y los vínculos entre grupos y dentro del grupo. A partir de lo anterior, el autor plantea una pregunta con respecto a este cambio en la disposición de los restos, si fue un proceso de cambio o dos formas de tratamiento aisladas.

El capítulo V corresponde a una colaboración con Luis Fernando Núñez Enríquez y abordan las prácticas mortuorias en el poblamiento de América, donde identifican tres momentos principales. En el primer periodo no se observan evidencias de prácticas mortuorias, en el siguiente se observan depósitos de restos humanos con manifestaciones materiales esporádicas, y el periodo de donde se reconoce una estructura o especificidad cultural visible, vinculaciones sociales entre individuos, conocimiento del territorio, asignación de los cuerpos a partir de su identidad y el tratamiento póstumo.

Por último, a manera de cierre, el autor retoma la interrogante inicial ¿La muerte desencadenó el origen de la religión? Concluye que el tener conciencia de la muerte biológica no determina el surgimiento de la religión, sin embargo, la conceptualización de los muertos a partir de una construcción social, puede incidir en alguna forma de religión.

Por lo que, retomando una perspectiva a partir de la construcción social, la muerte y que pasa con la persona que muere queda sujeta a la colectividad y cohesión de la comunidad a la que pertenece, lo que va más allá que un hecho biológico, es decir como un hecho trascendental que impacta lo físico y lo simbólico.